

Rafael Lapesa (1908-2001)

RAFAEL CANO AGUILAR
Universidad de Sevilla

Con el fallecimiento, el mes de febrero de 2001, de Rafael Lapesa desaparecía quizá el último discípulo directo de Ramón Menéndez Pidal, del maestro que supo transmitir y enriquecer el legado de quien a su vez había sido maestro suyo y que para los filólogos del mundo hispánico constituye el hito fundacional de su disciplina.

En efecto, Lapesa se presentaba continuamente, con la sincera modestia que era rasgo constitutivo de su forma de ser, como un simple continuador de la obra de Pidal. Continuador material, pues desarrolló algunas de las labores iniciadas por aquel (así, el “Índice” de voces de *Orígenes del español*, o la *Crestomatía del español medieval*); pero también continuador de su metodología, de su concepción de la historia (general, lingüística o literaria), de sus afanes investigadores. En este sentido, Lapesa imaginaba su proyecto de “Sintaxis histórica del español” como el relleno del hueco que en este aspecto mostraba la *Gramática histórica* del maestro, y hasta su *Historia de la lengua española* siempre parecía esperar la que el maestro preparaba y nunca llegó a culminar.

No era Pidal, sin embargo, el único en quien se reconocía como discípulo. Mantuvo igualmente, toda su vida, una estrecha relación, intelectual y afectiva, con Américo Castro, de quien había sido alumno en los cursos ordinarios de la Facultad (de Menéndez Pidal lo había sido en el doctorado que éste impartía en el Centro de Estudios Históricos). Para Lapesa, la concepción castriana de España como una sociedad conflictiva, escindida en castas que se negaban pero a la vez se comunicaban sus modos de entender el mundo, y que se constituye como tal desde la Edad Media, fue siempre fundamental en su entendimiento de la historia hispánica. Unida a las ideas de Pidal sobre tradicionalidad y latencia de los fenómenos culturales (Don Ramón, por cierto, fue siempre mucho menos entusiasta con las últimas hipótesis históricas de Castro, quien también había sido discípulo suyo), en esa síntesis está el fundamento sobre el que se asienta la idea de historia lingüística desarrollada por Lapesa para comprender y explicar la formación y evolución de la lengua española. Por último, pero de importancia también decisiva, las tesis del idealismo lingüístico introducidas y desarrolladas en España por los dos Alonso (sus “hermanos mayores”), Amado y Dámaso, los modos en que éstos analizaron cuestiones de gramática o de historia literaria, fueron también determinantes en la “ideología” lapesiana.

Sin embargo, nada de esto significará que la obra de Lapesa carezca de originalidad o sea la de un mero epígono. En absoluto. Su obra investigadora es profundamente original, profundamente suya, en el modo en que se debe ser “original” en la ciencia: aprovechando lo aprendido en los maestros, en la tradición, para ir más allá, para superarlos (no en el sentido superficial de “ser mejores” sino sobre todo en el de plantear nuevas cuestiones, o plantear nuevos modos de resolver las cuestiones). En este sentido, la aportación de Lapesa a la Filología hispánica tiene un sello hondamente peculiar, fácilmente reconocible. Porque, además, Lapesa, en quien no eran imaginables las estridencias teóricas ni los entusiasmos desmedidos ante cualquier hipótesis que se presentara como novedosa o rompedora, supo ir integrando en su quehacer, con mirada reflexiva y crítica, lo que la teoría y la investigación lingüísticas, generales o sobre el español, iban aportando de nuevo. Así, las concepciones estructuralistas hallaron también lugar en su armazón intelectual, de una forma armónica con sus concepciones básicas sobre la historia lingüística. Sólo la edad le impidió descender a la “fascinante espeleología” de las estructuras profundas del generativismo, como con suave ironía reconoció en 1977 en su estudio sobre los diferentes tipos de subordinación causal. Más entusiasmo hubiera sentido con las actuales orientaciones de la Lingüística, pragmáticas, textualistas, discursivas, él que fue siempre un maestro en el análisis histórico de textos.

En la vida pública de Lapesa tres facetas destacan, tres caras de su actividad, de su trabajo, que no siguen caminos separados ni independientes, sino que constituyen sólo tres aspectos o dimensiones de un único sentimiento de labor y de servicio a la sociedad: su trabajo en la enseñanza, sus investigaciones y su dedicación a la Real Academia Española.

Todos los que fuimos alumnos suyos, antes de hacernos discípulos, sabemos, recordamos, su amor por la transmisión del saber, su exactitud, claridad y precisión a la hora de contar y explicar, a la hora de desentrañar los textos. Sabemos también de su extrema paciencia para aclarar dudas, en la clase o en el despacho, para atender sugerencias de trabajos, para recomendar bibliografía. Y recordamos con emoción los exámenes que nos devolvía, llenos, no ya de correcciones o tachaduras sobre nuestros errores, sino de indicaciones, aclaraciones, datos nuevos, que venían a ser otra nueva lección. Pero tampoco olvidamos que su amor al trabajo docente le hacía reaccionar, incluso de forma iracunda, a comportamientos en clase algo frívolos o a ausencias difícilmente justificables.

La vida docente de Lapesa había comenzado en la madrileña Facultad de Filosofía y Letras, como profesor auxiliar. Luego fue catedrático de Instituto en Madrid (en el “Calderón de la Barca”, donde compartió claustro con Antonio Machado, a quien siempre recordaba con ternura y de quien evocaba con gracia sus debilidades a la hora de aprobar a alumnos poco instruidos), y después de la guerra civil, en Oviedo y en Salamanca, donde volvió a tomar contacto con la Universidad, su meta de siempre, pero de la que en los primeros años de la década de 1940 se vio alejado por la depuración a que le sometió el nuevo régimen. En 1947, una vez superada ésta, y superados también sus escrúpulos por optar a la cátedra de la que había sido despojado Américo Castro (fue el mismo Castro quien hubo de animarlo a optar), se convirtió en catedrático de “Gramática Histórica

de la Lengua Española” de la Universidad de Madrid, más tarde “Historia de la Lengua Española”; ése sería hasta su jubilación en 1978 el lugar central de su actividad docente. Pero no sólo fue en la Universidad, antes Central y luego Complutense, donde impartiría sus enseñanzas: sus lecciones fueron recibidas en numerosas Universidades americanas y europeas, a las que acudió para impartir seminarios, cursos monográficos, conferencias... Y fuera de la Universidad también llegó su magisterio: muy diversas organizaciones e instituciones, con especial en los últimos fecundos años de su vida intelectual, le llamaron para que sus conocimientos alcanzaran también al resto de la sociedad.

La labor investigadora de Lapesa se ejerció sobre numerosos ámbitos, sobre aspectos muy variados de la historia lingüística y literaria española, pero en todos ellos, aparte del “estilo” común (no ya formal, sino teórico y metodológico), se observa cómo Lapesa los concebía como partes de un conjunto, conjunto que quedó, parcialmente, plasmado en su *Historia de la lengua española*.

La *Historia*, el “lapesa” en la jerga estudiantil referida a los manuales de uso imprescindible, había nacido como parte de un proyecto, inspirado por Navarro Tomás, para instruir a soldados y campesinos de la España republicana (Lapesa siempre recordó con emoción esa “experiencia inolvidable” de enseñar a leer a milicianos analfabetos). Pero en seguida se le convirtió en algo de mayor alcance, en un “manualito” universitario que vio la luz en 1942, y que fue recibido con plácemes por parte de sus maestros y con entusiasmo por los estudiantes, que vieron pronto en él el más claro acceso a la historia del español. Refundido y ampliado constantemente, las ediciones de 1980 y 1981 lo convirtieron definitivamente en la obra de referencia indispensable para conocer la historia de nuestro idioma, y para partir de ella a ulteriores investigaciones. En la *Historia* de Lapesa se sintetizan y exponen de forma rigurosa y clara a la vez los resultados de numerosos estudios particulares, y entre ellos los del mismo autor; no se trata sólo de resumir lo que los demás han dicho (hacerlo como lo hace ya es un mérito innegable de Lapesa), sino también de incorporar lo que su prolongado trabajo le ha enseñado sobre la vida de la lengua.

Como hemos dicho, esa investigación ha versado sobre distintos aspectos. Están, en primer lugar, sus estudios sobre Dialectología histórica. Dentro de ella hay dos obras fundamentales sobre el asturiano medieval: su Tesis doctoral sobre el asturiano occidental de la Edad Media y su esclarecedor análisis sobre el contacto lingüístico (asturiano y provenzal) presente en el Fuero de Avilés. A Lapesa se le debe también haber puesto las bases y construido el marco (junto con Menéndez Pidal o Diego Catalán) en que hoy se entiende la aparición del andaluz como forma diferenciada del castellano, así como el origen y difusión, en España y en América, de su rasgo más distintivo: el “seseo-ceceo”.

En sus estudios de orientación más específicamente lingüística sobre textos antiguos, en especial medievales, destaca en Lapesa algo que lo hace absolutamente moderno (y a la vez hondamente arraigado en la tradición pidaliana): su interés por las situaciones de variación, de contacto lingüístico, de conflicto de normas. Así se nos explica que escogiera para estudiar el Fuero de Madrid, el Auto de los Reyes Magos o la lengua de los textos tradicionalmente atribuidos a Alfonso X y su “taller”. La preocupación por la hue-

lla de los “francos” en la lengua medieval se observa también claramente en sus análisis de Fueros como los de Valfermoso de las Monjas o Villavaruz de Rioseco (ambos de la década de 1180).

Si bien es cierto que fue la Sintaxis histórica el ámbito de investigación que más atrajo al Lapesa lingüista y donde su labor destaca como la de un pionero, sus contribuciones a otros terrenos del estudio histórico del lenguaje no faltaron y no fueron menos notables. En el campo de la Fonética histórica, destacan sus contribuciones ya citadas sobre el reajuste del sistema de sibilantes medievales en el Sur de España. Y dentro de su preocupación por la variación lingüística antigua, son insuperables, por concepción y resultados, sus dos trabajos (orgánicamente conectados, pese al cuarto de siglo que los separa) sobre la apócope vocálica en castellano medieval; con matizaciones, rectificaciones y ampliaciones posteriores, que tampoco aquí han alterado el edificio de base, siguen siendo nuestra base de conocimientos sobre dicho fenómeno.

La historia del léxico estuvo también entre las ocupaciones de Lapesa; no en vano se estrenó publicando notas etimológicas, que unidas a muchas otras historias léxicas posteriores generaron volúmenes muy interesantes sobre aspectos de la historia del vocabulario español. En este punto ha de destacarse que a través del léxico Lapesa se interesó por la historia del español moderno: sus estudios sobre el vocabulario de los ilustrados, de Espronceda o de Larra fueron el antecedente de los trabajos sobre el español en el siglo XX, no dedicados exclusivamente a cuestiones léxicas, aunque sí de forma preferente, pues son las palabras los miembros más movibles y versátiles hoy de una lengua tan bien asentada como el español.

Ahora bien, la Sintaxis histórica fue quizá su objetivo más ambicioso, y en el que más generosa y sabiamente abrió nuevos caminos para la investigación. Fue un verdadero pionero en este campo. Antes de él, sólo había el capítulo que dedica F. Hanssen a la Sintaxis en su *Gramática histórica*, las observaciones sobre el español de Meyer-Lübke en su monumental *Grammatik* y la clasificación de datos realizada por Menéndez Pidal sobre la lengua medieval a partir del *Cantar de Mio Cid* (aparte del repertorio de datos de H. Keniston sobre el español del XVI). Lapesa emprendió la tarea de rellenar ese hueco de la Lingüística histórica hispánica a través de un extenso, y denso, conjunto de monografías que desentrañaron complejos aspectos de la evolución sintáctica del español. La historia de la descendencia funcional de los casos latinos; la formación y extensión del artículo, con sus diferentes esquemas de distribución y de significación; la aparición y desarrollo de las confluencias entre los clíticos *le(s)*, *lo(s)*, *la(s)*; el complicado deambular de las formas de tratamiento; la relación entre morfología verbal y uso social que se observa en los orígenes del “voseo”... A todo ello habría que unir lo que Lapesa estudió pero, salvo aspectos muy concretos, no publicó en vida: la historia, formal y de contenidos, del verbo en español. Y, finalmente, hay que señalar que Lapesa no sólo hizo Sintaxis sino que también reflexionó sobre ella, en especial acerca de dos puntos: cómo la evolución sintáctica del idioma puede manifestar, y producir, la mentalidad colectiva de la comunidad por medio del concepto humboldtiano de “forma lingüística interior”; y en qué se asemejan y en qué se diferencian el estudio de la historia de las construcciones sintácticas

generales y el de las elecciones estilísticas de autores, escuelas y épocas. En este sentido, ha de destacarse igualmente cómo desde unas posturas iniciales próximas al idealismo lingüístico (más al modo de los Alonso que al de Vossler o Spitzer) Lapesa fue incorporando de manera orgánica y coherente las concepciones y metodologías del análisis estructural, todo ello, una vez más, sobre la base de su idea de la lengua como producto y conformación de seres humanos agrupados en colectividades históricas tradicionales.

En todo caso, lo que sí queda claro para quien lea sus estudios de Sintaxis histórica es que en ellos Lapesa actúa básicamente desde una óptica lingüística. Utiliza ejemplos literarios y analiza la función que como elementos poéticos o retóricos pueden incorporar determinados procedimientos lingüísticos (así, el orden del adjetivo respecto del sustantivo, o la adjunción de artículo y posesivo a un nombre), pero siempre parte de la configuración, posibilidades y modificaciones de la lengua como tal. Y en ningún momento confunde la historia de la sintaxis general con la historia de los estilos, aunque sea insuperable su forma de señalar los vínculos entre una y otra.

La atención de Lapesa por la lengua literaria, por determinados textos, autores y escuelas de la historia de la literatura hispánica no ha de extrañar a quienes conozcan el “integralismo” de su concepción de la lengua, que no sólo tiene sus fundamentos en la filosofía idealista, sino que echa sus raíces en la tradición lingüística española. Como acto de creación y como depositaria de tradiciones colectivas, la lengua literaria es para el filólogo algo más que un arsenal de donde extraer ejemplos. Es la muestra más acabada de un acto de elaboración lingüística que va más allá de la creación individual, pues en ella se plasman y de ella arrancan ideales y fabulaciones de la colectividad. Por ello, Lapesa se acercó a la lengua literaria, no sólo como lingüista, sino también para analizar los contenidos de sus producciones y los mecanismos por los que tales productos se convertían en objetos estéticos.

Los autores y textos estudiados por Lapesa son numerosísimos: de hecho, abarcan toda la historia literaria española (en cambio, apenas si hizo alguna incursión en la producida en América). Desde el *Auto de los Reyes Magos* y el *Cantar de Mio Cid* a Jorge Guillén o Francisco Ayala, puede decirse que no hay época que no fuera escrutada por él. Es difícil destacar títulos concretos en este conjunto tan excelente; quizá sus trabajos sobre la poesía épica, el Marqués de Santillana, Garcilaso de la Vega o Larra descuellan entre los demás. Pero en todos los casos su estudio, al margen de las cambiantes tendencias de la crítica literaria, se esforzaba por poner de relieve los contenidos expresados y la forma en que se manifestaban, como caras de una misma realidad, y por adivinar tras ellos la realidad humana, individual o colectiva, que daba vida a los textos.

Y, finalmente, la Academia. Ingresado en ella en 1954, aunque ya había colaborado con anterioridad en diversas tareas desarrolladas en su seno, Lapesa volcó en la Real Academia Española dosis inagotables de esfuerzo, de dedicación, de trabajo, que en muchas ocasiones lo alejaban de su trabajo personal, restándole, pues, el brillo individual que de otra manera hubiera logrado con mayor facilidad. La Academia le produjo también situaciones de conflicto, pues, como recordaba en numerosas ocasiones, una de sus

habituales tareas allí fue la de “templador de gaitas” entre académicos de pareceres y teorías contrapuestos.

Lapesa fue durante muchos años el alma del Seminario de Lexicografía, y dentro de él puso en marcha la nueva versión del *Diccionario Histórico* que debía suplir al muy deficiente concluido en 1936. Obra de amplio alcance, de altura de miras innegable, su culminación hubiera puesto al español al nivel de conocimiento histórico de su léxico que lenguas como el inglés o el francés poseen desde hace tiempo. Sin embargo, dificultades económicas y, más tarde, la propia desidia académica, han acabado cortando, esperemos que no definitivamente, la marcha de un proceso de importancia decisiva para el conocimiento de nuestro idioma. Colaboró también activamente en las sucesivas ediciones del *Diccionario* general (en muchas de las fichas, ejemplos, ideas, criterios y concepciones que lo sustentaban está la callada labor de Lapesa). Intervino en la preparación de la *Gramática* que finalmente no salió a la luz como obra definitiva, sino como “esbozo”. Y fue, por fin, en ella Secretario, Subdirector y, pese a su enérgica oposición, Director de consenso, por su innegable calidad de hombre bueno, en 1987-1988.

Es imposible concluir esta semblanza de Rafael Lapesa, del filólogo, del lingüista, sin hacer referencia a su calidad humana. En el poema que le dedicó, Jorge Guillén afirmó rotundo: “Buscad sus pares, pocos”. Por mi parte sería más radical: no he conocido, ni dentro ni fuera de la Filología, nadie que pueda equiparársele en bondad, modestia y entrega a los demás, todo ello además sin el menor grado de ostentación, de queja, de disfraz de mártir. Podría decirse que Lapesa era un santo al que le horrorizaba parecerlo. Quienes convivieron con él no considerarán estas palabras más exageradas ni hiperbólicas. Lapesa ponía dinero de su bolsillo para pagar a los mal pagados profesores ayudantes de su cátedra, recorría oficinas y covachuelas de la burocracia ministerial para ayudar a un joven becario, nunca decía que no a las peticiones que le hacían sus discípulos, sus alumnos (y más de una vez debió decirlo). Lapesa fue un maestro de saber y de vida para quienes tuvimos la suerte de trabajar con él. Y por eso se nos nota, y por eso ese es uno de los mayores orgullos que podemos exhibir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1981⁹.
El dialecto asturiano occidental en la Edad Media. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998.
Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1948.
Estudios de historia lingüística española. Madrid: Paraninfo, 1985.
Léxico e historia. Diccionarios (preparado por J. R. Lodares). Madrid: Istmo, 1992.
Estudios de morfosintaxis histórica del español (editados por R. Cano y M^a T. Echenique). Madrid: Gredos, 2000.
El español moderno y contemporáneo: estudios lingüísticos. Barcelona: Crítica, 1996.
La obra literaria del Marqués de Santillana. Madrid: Ínsula, 1957.
La trayectoria poética de Garcilaso. Madrid: Revista de Occidente, 1968.
De la Edad Media a nuestros días: estudios de historia literaria. Madrid: Gredos, 1971²⁰.

Poetas y prosistas de ayer y de hoy. Madrid: Gredos, 1977.

De Ayala a Ayala: estudios literarios y estilísticos. Madrid: Istmo, 1988.

De Berceo a Jorge Guillén: estudios literarios. Madrid: Gredos, 1997.